

MENSAJES III
1979 - 1994

Índice

DESENVOLVIMIENTO MÍSTICO (1979)	3
TRABAJO LIBERADOR (1980)	6
RENOVACIÓN CONTINUA (1981)	9
DISCERNIR EL CAMINO (1982)	11
MIRAR HACIA EL FUTURO (1983)	14
ACTITUD INTELIGENTE (1984)	16
REALIZACIÓN CONTINUA (1985)	18
LOS VOTOS (1986)	20
LA VOCACIÓN DE RENUNCIA (1987)	22
EGOENCIA (1988)	24
AMOR COMPASIVO (1989)	27
RESPONSABILIDAD (1990)	30
LA MÍSTICA DEL CORAZÓN (1991)	34
OBRA ESPIRITUAL (1992)	38
COMPROMISO (1993)	43
RECONOCER LO OBVIO (1994)	52

DESENVOLVIMIENTO MÍSTICO (1979)

Nuestro desenvolvimiento espiritual implica el desenvolvimiento de nuestra mística, es decir, de nuestra relación con Dios.

En las primeras etapas de ese desenvolvimiento nuestra mística está cargada de connotaciones dogmáticas y mágicas; por ende, nos relacionamos con Dios a través de dogmas y ritos. Nos encerramos en nuestra manera de creer y no aceptamos otras.

A pesar de que al descubrir nuestra vocación experimentamos una expansión interior, se nos hace difícil mantener esa expansión. Con facilidad volvemos a limitarnos dentro de nuestra forma dogmática de pensar y, sin darnos cuenta, transformamos enseñanzas espirituales en dogmas.

Cuando somos rígidos en nuestras creencias y en nuestra relación con Dios, quedamos presos de una forma de pensar y de sentir que, al no evolucionar, se transforma en un obstáculo para nuestro desenvolvimiento.

La mística que se desprende de esta relación que tenemos con Dios se podría llamar "mística de las creencias".

En etapas posteriores ampliamos nuestras concepciones y, consecuentemente, nuestra mística. Comprender con mayor amplitud nos ayuda a entender diversas creencias y doctrinas. Pero, al dejar de apoyarnos en un dogma preciso y específico, y en una manera preestablecida de relacionarnos con Dios, sentimos como si hubiéramos perdido nuestra mística. Dejamos los apoyos que nos limitaban pero no descubrimos otros más amplios que nos sostengan. Si bien al comprender diversas creencias expandimos nuestra visión de las formas en las que los seres humanos se relacionan con Dios, quedamos a

solas ante el misterio de lo desconocido. Nos sentimos solos, en una situación que no conocíamos antes, frente a una prueba que nunca imaginamos que podríamos tener.

Quizá el esfuerzo que efectuamos en esta etapa no sea más que la preparación para enfrentar el desafío del paso que necesitamos dar para que nuestra mística entre en un proceso continuo de expansión: pasar de entender a realizar.

La mística de este período se podría llamar "mística del intelecto".

Si no rechazamos la aridez de no encontrar a Dios, si perseveramos y nos abrimos a lo desconocido, vamos creando un vínculo espiritual en nuestra relación con Dios que no se asocia ni con creencias ni con dogmas, un vínculo que se establece por nuestra renuncia expresada en todos los aspectos de la vida. Esta etapa se podría llamar "Mística del Corazón".

Como la práctica exterior de la ascética de esta etapa significa una serie de renunciaciones, la llamamos Ascética de la Renuncia, y llamamos Mística del Corazón a la relación que establecemos con Dios a través de esas renunciaciones.

La práctica de la Ascética de la Renuncia y, simultáneamente, el desarrollo de la actitud expansiva de la Mística del Corazón, nos ayudan a ampliar nuestra visión interior, a destejer la trama formada por nuestros hábitos mentales y emocionales; una estructura de pensar y de sentir que encubre nuestro verdadero ser y nuestro verdadero sentir. Renunciamos a nuestros apoyos, nos recogemos profundamente y nos nutrimos de la energía que surge de la vocación propia del alma humana: su necesidad de ampliar su conciencia hasta alcanzar la unión con Dios.

Cuando renunciamos a los apoyos que nos limitan mantenemos la mente y el corazón en paz. La mente está en paz porque no está impelida a argumentar; el corazón está en paz

porque no busca un sentir particular. Es así como descubrimos que nuestra morada está tras los movimientos mentales y emotivos, a la que no llega ni el calor de las emociones, ni la excitación de las experiencias, ni los argumentos del intelecto. Sólo se expresa en el alma el amor puro, de renuncia.

La Mística del Corazón no es una nueva experiencia ni una nueva emoción, ni otra comprensión más. Es el estado del alma que, por su renuncia, permanece en paz en su centro interior, en unión estática con la Divina Madre.

TRABAJO LIBERADOR (1980)

A través de la Ascética de la Renuncia y de la Mística del Corazón transformamos nuestra vida en un trabajo liberador, un trabajo interior consciente y continuo sobre nuestra manera de pensar, de sentir, de obrar y de relacionarnos.

Durante un largo período entendemos los altibajos de nuestro desenvolvimiento de una manera subjetiva, cargada de emotividad y de expectativas. En estas condiciones nos es sumamente difícil ver con claridad lo que realmente nos pasa y, por eso, también nos es difícil desenvolvernos. La ascética nos resulta ardua; oscilamos entre la alegría y la tristeza, los triunfos y los fracasos, los actos de virtud y las caídas en los viejos hábitos. Nuestras renunciaciones son actos de sacrificio; nuestras decisiones, difíciles de mantener y concretar. Y, a veces, nuestro amor es sólo un vuelo emotivo. Mientras tanto, los sucesos de la vida corriente nos llevan de la atracción a la reacción, de la comprensión a la oscuridad, del entusiasmo a la depresión y la desesperanza.

En este estado todo es motivo de conflicto, de penas, de quejas, de esperanzas, de ilusiones. No nos concentramos en nuestro trabajo interior; realizamos los ejercicios espirituales de una manera desconectada de nuestra vida y, si obtenemos algunos resultados que nos satisfacen, éstos son pasajeros porque están al margen de nuestra realidad cotidiana y se esfuman al chocar con las contradicciones y las dificultades de la vida diaria.

A veces buscamos nuevas técnicas, nuevas enseñanzas, nuevos métodos para escapar hacia el mundo espiritual que soñamos y no alcanzamos. Otras veces nos refugiamos en el ensueño de lo que creemos que son estados de oración pero que no representan una transformación real en nuestra vida.

Esto hace que sintamos la vida espiritual como algo misterioso y oscuro, y la realización espiritual como una gracia que reciben muy pocos elegidos.

La realización espiritual es el fruto de la Ascética de la Renuncia y de la Mística del Corazón, un trabajo interior metódico, profundo y perseverante que se expresa en sentido común y en sabiduría.

Aprendemos en la vida, de la vida, con la vida y hacemos de la vida el campo de nuestro trabajo interior. Este trabajo interior nace con nuestra vocación, toma vuelo con nuestro amor y se fortalece con nuestra ofrenda; no tiene nada que ver con la tendencia a practicar ejercicios ascéticos y buscar la unión divina como una manera de escapar de las demandas de la vida, o de la incertidumbre provocada por los cambios continuos y los sufrimientos inevitables, o con la esperanza de lograr realizaciones milagrosas.

A través de nuestro trabajo interior nos desembarazamos progresivamente de las mareas mentales y emotivas que enturbian nuestra visión del ideal espiritual, traban nuestra comprensión y vician la relación que tenemos con nosotros mismos y con los demás. Sobre todo, trabajamos sobre nuestros hábitos de autocomplacencia, de autocompasión y de autojustificación.

No es provechoso que nos exaltemos o nos deprimamos según sean las vicisitudes cotidianas. Pero sí tiene sentido que trabajemos en forma sistemática y responsable sobre nuestros procesos mentales y emotivos y sobre nuestra conducta, con el objeto de alcanzar serenidad suficiente como para responder con prudencia a la sucesión de acontecimientos del diario vivir.

Trabajamos sobre nuestra manera de pensar, adecuando nuestros hábitos mentales a un proceso de expansión de nuestra comprensión.

Trabajamos sobre nuestra manera de sentir, depurando nuestros hábitos emotivos y cultivando el amor desinteresado.

Trabajamos sobre nuestra manera de obrar, poniendo en práctica los principios que elegimos, expresando en nuestra conducta la comprensión que alcanzamos a través de la expansión de nuestra conciencia y de nuestro amor desinteresado.

El trabajo interior por excelencia, entonces, es aprender a vivir, una labor que no termina en una meta sino que se va plasmando a lo largo de toda la vida.

Armonizamos así las relaciones con nosotros mismos, con los demás, con el mundo y con Dios a través de nuestra participación real y efectiva.

Las alegrías y las tristezas, las posibilidades y las dificultades, las acciones y las reacciones, todo el sistema de relaciones, son nuestras áreas de trabajo. De esta manera, en vez de vivir una vida personal y limitada por las vicisitudes, expandimos la visión que tenemos de nosotros mismos y de nuestro entorno, recogemos la enseñanza de la vida y la aplicamos para nuestro bien y el de todas las almas.

El resultado del trabajo interior se muestra en nuestra manera de vivir, de sentir, de pensar, de obrar y de relacionarnos. La manera en que vivimos evidencia el grado de nuestro desenvolvimiento.

Nuestro trabajo interior es prenda segura de nuestra liberación espiritual; por eso también lo llamamos trabajo liberador.

RENOVACIÓN CONTINUA (1981)

Nuestra vocación espiritual nos mueve a dar un alcance trascendente a nuestra vida y a participar de la Gran Obra a través de una continua renovación interior.

Hacer obras buenas es loable, y son muchos los grupos que las efectúan. También es loable llevar una vida devota y esforzada al servicio de la idea que cada uno tiene de Dios. Pero esto no nos basta. Las obras de bien que efectuamos también las pueden hacer otros grupos. Nuestra vocación nos mueve a concentrarnos en nuestro trabajo específico: la realización de la renuncia y la transmisión del Mensaje de la Renuncia a través de una forma de desenvolvernos y de relacionarnos que está más allá de la separatividad, de las estructuras dogmáticas y del sistema de pares de opuestos.

Nuestra vida espiritual, además de apoyarse en lo trascendente, es trascendente en su expresión y en sus resultados. Para que así sea, discernimos entre las buenas obras que se efectúan por caridad y nuestra labor como mensajeros de la renuncia.

Hacemos obras buenas; pero sabemos que la obra fundamental de nuestra vida, la que da sentido a todo lo que hacemos, es vivir la renuncia.

Pensamos bien; pero sabemos que pensar bien no es suficiente para que el pensamiento alcance un nivel trascendente: obramos bien.

Comprendemos las enseñanzas; pero somos conscientes de la diferencia entre comprender y saber: encarnamos la Enseñanza en nuestra vida.

Nos sentimos unidos por amor con todos los seres humanos; pero recordamos que el sentir, las emociones, la impresión de

amar, no significan necesariamente amor real, amor trascendente: participamos interior y exteriormente.

Con este esfuerzo por trascender modos de pensar y de sentir basados en la separatividad y el dogmatismo, con la renuncia a identificarnos con lo que cada uno cree bueno hacer, y con el esfuerzo para vivir de acuerdo con nuestro ideal espiritual, podemos lograr hacer realidad nuestro anhelo de renovación continua.

De esta manera nos preparamos para captar la Idea Madre, que hoy se expresa en ideas expansivas, en un proceso de continua renovación. Estas ideas, impulsadas por una actitud abierta para comprender y realizar la renuncia, conducen a la plasmación de la Obra de Cafh en el mundo.

DISCERNIR EL CAMINO (1982)

Es necesario que discernamos el camino de nuestro desenvolvimiento espiritual: los pasos que estamos dando, hacia dónde nos dirigen y qué tramo hemos de dejar atrás.

Hemos de reconocer cuándo fortalecemos nuestra personalidad adquirida y cuándo abrimos nuevos rumbos en nuestro desenvolvimiento.

Nada puede limitarnos, sino nosotros mismos. Tenemos que hacernos conscientes de los límites que ponemos a nuestro desenvolvimiento y trascender las vallas que creamos con ataduras al pasado, con hábitos contraproducentes, con nuestra inercia y nuestra ignorancia.

Si bien no podemos controlar todo lo que nos ocurre, sí tenemos control sobre los obstáculos que nosotros mismos creamos y sobre nuestra disposición a realizar las posibilidades que nos ofrece la vida.

Nuestra tarea primordial es distinguir entre lo que tenemos que aceptar y lo que tenemos que transformar. Esta aceptación y esta transformación nos ponen en el Camino de la Renuncia.

Nada ni nadie nos pueden detener o pueden producir nuestra expansión sino nosotros mismos.

Si estamos dispuestos a renunciar, establecemos nuestro camino, nuestras pruebas, nuestras posibilidades y nuestro ritmo. Nos hacemos dueños de nuestro destino.

Si estamos dispuestos a renunciar, reconocemos la diferencia entre hacer obras que nos gratifican pues responden a nuestras ideas acerca de lo que los demás necesitan, y hacer el bien respondiendo a las necesidades reales de las almas.

Si estamos dispuestos a renunciar, reconocemos la diferencia entre esforzarnos para ser más y tener más —incluso bienes espirituales— y esforzarnos por amor a la libertad.

Si estamos dispuestos a renunciar, reconocemos la diferencia entre la práctica aislada de la oración y de la virtud, y la ejercitación simple y continua de la renuncia que pone de manifiesto cómo somos, cómo vivimos y nos relacionamos.

Si estamos dispuestos a renunciar, distinguimos entre una ascética de desprendimiento y un camino de ofrenda de nosotros mismos.

Si estamos dispuestos a renunciar, distinguimos entre los caminos ya recorridos que no tiene sentido transitar porque ya sabemos a dónde conducen, y el Camino de la Renuncia, que guía nuestros pasos hacia la expansión de la noción de ser y la espiritualización del sistema de relaciones.

Si estamos dispuestos a renunciar, no abandonamos nuestros buenos hábitos, esos que alimentan nuestra vida espiritual; tampoco cejamos en la ascética, ni en la observancia, ni en la oración; hacemos de la ascética, Ascética de la Renuncia y de la mística, Mística del Corazón, y transformamos nuestra vida toda, con sus aciertos y sus errores, en una enseñanza continua.

Si estamos dispuestos a renunciar, distinguimos entre el sufrimiento estéril que se repite y se repite por quedar inmerso en la ignorancia que lo produce y el dolor expansivo, que nos enseña y nos saca de nuestra ceguera. De esta manera no perdemos los frutos del dolor.

Al comprender la naturaleza de nuestros límites y de nuestras posibilidades, tenemos en nuestras manos la llave que extiende esos límites y abre las puertas de esas posibilidades: nuestra renuncia.

Por ello, discernimos nuestro camino, el Camino de la Renuncia, que nos lleva hacia el Templo sin muros, hacia el cielo del espíritu.

MIRAR HACIA EL FUTURO (1983)

Hemos de mirar hacia el futuro para encontrar la clave de nuestro trabajo interior, de nuestra realización y de nuestro destino.

De esa manera, no nos confundiremos; mirar hacia el futuro no consiste en imaginar utopías ni en proyectar ensueños. Mirar hacia el futuro es, simplemente, reconocer las posibilidades que tenemos ante nosotros y descubrir en ellas el camino que hay que recorrer para realizarlas.

No miremos hacia atrás, no busquemos viejos puntos de referencia. No nos encerremos en lo que ya fue, en las experiencias hechas, eligiendo lo que ya sabemos, repitiendo los mismos errores, consolidando las mismas estructuras. Miremos en cambio hacia adelante, sin asustarnos ante lo nuevo ni ante lo desconocido. Los caminos del pasado ya fueron andados. Fueron útiles, ya que nos trajeron hasta aquí. Pero ahora estamos en mar abierto, sin bagaje y, por eso, libres para elegir con sabiduría cómo queremos vivir y para realizar sin trabas nuestras posibilidades. Es por ello que tenemos un camino virgen para recorrer.

Todo lo que sabemos, todo lo que tenemos, todo lo que hemos realizado se sintetiza en lo que somos hoy. Esta es nuestra fuerza y nuestra ciencia. La esencia del pasado está en el presente; lo anecdótico, lo estructurado, lo que no tiene vigencia hay que dejarlo atrás. Desde este punto en adelante nos hemos de guiar por nuestra vocación, por nuestra intuición y por la intrepidez de nuestro amor al misterio divino.

Nada nos cierra el paso. Gustemos de la libertad del espíritu hasta que nos enamoremos de ésta de tal manera que nos baste sólo ese amor para seguir por la nueva senda.

No tenemos que perder más tiempo. Hemos de sacudir el letargo de los apegos; aprender a pensar sin poner barreras en nuestro vuelo. No ha de asustarnos ni la altura de nuestras aspiraciones ni la distancia del horizonte sobre el que fijamos los ojos, ya que el temor aparece sólo cuando queremos un imposible: retener lo que ya pasó.

Hemos de mirar hacia el futuro. A pesar del dolor y la incertidumbre que reina hoy sobre el mundo, no dejemos de ver en el horizonte las maravillosas posibilidades que se presentan ante nosotros y ante todos los seres humanos. Hemos de aprender de esas posibilidades y volcarnos con fe y confianza en la realización de nuestro destino y el de toda la humanidad.

ACTITUD INTELIGENTE (1984)

Para desenvolvemos espiritualmente tenemos que mantener una actitud inteligente respecto de nosotros mismos.

Por más esfuerzos que hagamos tratando de superar experiencias, si no los acompañamos con la disposición de aprender acerca de nosotros mismos, tenderemos a estancarnos en situaciones conflictivas y a repetir experiencias.

A veces culpamos a la vida por darnos pruebas difíciles de superar. Pero la vida no tiene pruebas para acecharnos. Llamamos pruebas a las experiencias que no comprendemos y, lo que es aún más importante, no comprendemos que nuestra actitud ante esas experiencias es lo que las transforma en pruebas.

Si nos observamos a nosotros mismos, si buscamos desapasionadamente la relación causa-efecto entre lo que hacemos, cómo nos comportamos y lo que nos ocurre; si no nos justificamos y nos abrimos a la realidad de nuestra vida, lo que llamamos pruebas se transforman en experiencias liberadoras. Esas experiencias contienen la enseñanza que necesitamos asimilar.

Tenemos a nuestro alcance medios invalorable para aprender a vivir en forma inteligente.

La reunión semanal nos pone en contacto con la Gran Corriente y nos entrena para comportarnos como almas, más allá de nuestra personalidad adquirida.

La Enseñanza nos abre un panorama universal para entender nuestra vida y la vida de la humanidad en su conjunto.

La meditación nos enseña a trabajar con la mente, a estimularla, entrenarla y usarla con provecho. La meditación afectiva

nos enseña a controlar y orientar la emotividad para transmutar positivamente esa energía.

El examen retrospectivo nos da una visión objetiva y acertada de nuestro actuar, pensar y sentir.

En la Dirección Espiritual encontramos el espejo que necesitamos para conocernos mejor a y observar los aspectos más íntimos y profundos de nuestra vida.

La lectura espiritual nos brinda una riqueza sin medida, al hacernos compartir la experiencia y el conocimiento de quienes también orientaron sus vidas en función de su desenvolvimiento espiritual y el bien de la humanidad.

Todos estos medios nos ayudan a desarrollar una actitud inteligente que nos permite comprender en forma acabada nuestras experiencias. Una vez que las experiencias se comprenden no necesitan repetirse; lo aprendido sirve para abrir nuevos campos de experiencia y acelerar el desenvolvimiento.

Hemos de usar con inteligencia los medios que recibimos de Cafh. Sabemos que si bien es bueno aprender y entrenarnos para actuar en el mundo exterior, lo que en definitiva nos da frutos espirituales profundos y permanentes es comprender lo que vivimos.

La norma que nos guía respecto de nosotros mismos es: mantenernos conscientes de las experiencias que vivimos y comprenderlas.

Esta actitud inteligente nos lleva al conocimiento de nosotros mismos.

REALIZACIÓN CONTINUA (1985)

Es necesario distinguir entre la idea de realización final y la de realización continua.

El concepto de la realización final proviene de una concepción lineal de la existencia, en la que todo tiene un principio y un fin, e induce a vivir pendiente de una experiencia última de liberación que, en la práctica, no parece ocurrir en la vida del ser humano. Esto lleva al desengaño o la infatuación. Al desengaño, pues lo que esperamos nunca llega; o a la infatuación, pues puede inducirnos a creer que ya hemos realizado lo que procuramos, y esa idea de ya ser un alma perfecta, o más perfecta que otras, nos separa de las demás.

Si bien una experiencia espiritual puede constituir una conquista permanente, es necesario comprender que ninguna experiencia marca el final del sendero del desenvolvimiento. Nada es definitivo; cada instante es un punto de partida. El tiempo se expresa en un proceso en el que cada final se transforma en un principio: un continuo renacimiento.

El concepto de la realización continua nos centra en el aquí y el ahora: nuestra vida diaria, el único momento y lugar en los que podemos realizar nuestras elecciones, nuestras experiencias, nuestro aprendizaje. Esto nutre nuestro ideal espiritual y nos hace humildes, pues sabemos que tenemos un largo camino para recorrer para lograr un desenvolvimiento real.

Cada instante es una posibilidad única de trabajo y realización. Cada instante demanda una elección que no se puede eludir. En cada instante decidimos cómo vamos a vivir y con qué sentido; en cada instante tenemos la posibilidad de comprender lo que nos ocurre. Y esta comprensión nos impulsa hacia la responsabilidad y la conciencia; es así que cada ins-

tante cobra su valor: una posibilidad única que sólo se puede realizar en ese momento.

El concepto de realización continua desarrolla la responsabilidad, pues enseña a distinguir entre soñar con la imaginación para lograr vuelos espirituales en las horas de introspección y la concreción de los sueños en la realidad de todos los días.

El concepto de realización continua impulsa a tomar conciencia, pues nos lleva a concentrar la atención en nuestra realidad concreta y en nuestras verdaderas posibilidades, sin justificaciones, sin escapes.

Cuando unimos la idea de vida cotidiana con la de realización continua se desdibujan las fantasías y cobran vida las acciones que son consecuentes con lo que anhelamos realizar.

La vida cotidiana es el campo de realización continua para quienes sólo buscan su liberación interior.

LOS VOTOS (1986)

Para que la vida espiritual sea una realidad en nosotros, hemos de asumirla con responsabilidad.

Los votos nos unen con la Divina Madre y, a través de su cumplimiento, desarrollamos nuestro sentido de responsabilidad.

Al emitir los votos nos comprometemos a cumplirlos. El sentido de compromiso con el ideal espiritual desarrolla nuestra responsabilidad en todos los aspectos de la vida. Por eso los votos y la responsabilidad son dos aspectos de una misma fidelidad.

Sufrimos pruebas, nos equivocamos y volvemos a empezar una y otra vez; esto es parte de nuestro aprendizaje, de nuestro desenvolvimiento. Nuestra fidelidad no se debilita por ello. Al contrario, al enfrentar dificultades descubrimos que los votos nos mantienen firmes en el camino que hemos elegido.

La vida es cambio continuo. Las experiencias pasan, las verdades de hoy pueden no serlo mañana, pero los votos permanecen y son los pilares en los que se asienta la fidelidad, el único asidero firme e inamovible, el único apoyo real sobre el cual podemos construir nuestra vida y realizar nuestra vocación.

Es por ello que meditamos profundamente antes de asumir la responsabilidad de un voto; luego nunca más volvemos atrás. No se puede pedir de vuelta lo que se ha dado libremente, por propia voluntad.

Desear dar un voto es un sentimiento hermoso y profundo; la responsabilidad que se asume al emitirlo no se puede calificar de la misma manera: ésta se cumple o no se cumple.

Hay un aspecto de la responsabilidad que se refiere a los compromisos explícitos que asumimos como obligación exterior. Pero hay otro aspecto implícito de la responsabilidad que depende de nuestro desenvolvimiento. Cuanto menor es nuestro adelanto, más restringido es nuestro sentido de responsabilidad. Desde el punto de vista espiritual, cada uno es responsable de todo; pero cada uno descubre esa responsabilidad en la medida en que avanza en su desenvolvimiento.

El ideal de unirnos con todos los seres del mundo se comienza a hacer realidad cuando asumimos nuestra responsabilidad con quienes están a nuestro lado ya que, desde el punto de vista concreto, la unión con todos los seres del mundo implica asumir obligaciones, cumplir compromisos, responder a requerimientos, satisfacer necesidades, hacerse cargo.

Nos unimos a otras almas en la medida en que nos hacemos responsables cotidianamente y en forma efectiva de nuestra propia vida, de nuestra familia, de nuestro pueblo y aun del mundo.

El desenvolvimiento espiritual es simultáneo con el de la responsabilidad. Y nuestra responsabilidad primera es siempre una y la misma: el cumplimiento fiel de nuestros votos.

Los votos son el tesoro máspreciado que tenemos y la fidelidad a los votos es la base de nuestra realización espiritual.

LA VOCACIÓN DE RENUNCIA (1987)

El llamado divino que despierta nuestra vocación es claro y obvio: se expresa en nuestra necesidad de desenvolvimiento.

El compromiso con nuestro desenvolvimiento equivale a un voto que no se puede expresar con palabras. De la profundidad de ese compromiso depende la manera cómo concebimos y vivimos nuestra vocación.

Cuando sólo buscamos nuestro desenvolvimiento y sabemos que éste es nuestra necesidad fundamental, se nos muestra nítido el Camino de la Renuncia. A la luz de la vocación renunciar es desapegarse, sin justificaciones ni lamentos, de la personalidad que adquirimos —los hábitos formados a través de las vicisitudes de nuestra historia personal— para que logremos la liberación interior y expresemos nuestro verdadero ser.

Para lograr esa libertad necesitamos vivir la renuncia de tal manera que todo, aún el acto más sencillo de la vida, se integre en un sistema de desenvolvimiento. En otras palabras, necesitamos concretar el Camino de la Renuncia aquí y ahora, en la vida tal cual es aquí y ahora, en forma sistemática y continua.

¿Cómo hacer de la vida diaria un campo de aprendizaje?
¿Cómo fomentar la actitud de renuncia?

No hace falta que dediquemos tiempo especial a nuestro desenvolvimiento, porque toda nuestra vida es el material de trabajo que debemos utilizar. Tenemos que estar atentos para no escudarnos en justificaciones, para no envolvernos en el juego de logros y pérdidas, de éxitos y fracasos. De esta manera aprovechamos las experiencias para aprender, comprender y trascender.

La Enseñanza nos describe el Camino de la Renuncia y amplía nuestro horizonte, las meditaciones nos estimulan a realizar nuestro ideal, pero nuestro desenvolvimiento se concreta en la práctica cotidiana de la renuncia. La expresión viva del Camino de la Renuncia es indispensable para que no quede en un nivel de creencias, sino que sea generador de armonía y desenvolvimiento en el mundo.

Cada vez que descubramos un matiz más profundo en nuestro ideal hemos de comprometernos a realizarlo. Cada vez que comprendamos un aspecto de la Enseñanza que antes no conocíamos, hemos de preguntarnos cómo practicarlo aquí, ahora, en la vida diaria.

Nuestra vocación espiritual se alimenta con la vida que ofrendamos para realizar el Camino de la Renuncia.

Todos deseáramos, en mayor o menor medida, desenvolvernos espiritualmente. Pero quienes tienen fijos sus ojos en su vocación logran hacer de su anhelo una realidad de vida.

El Camino de la Renuncia sintetiza nuestra vocación. Esta vocación realizada es la enseñanza y el mensaje que podemos brindar al mundo.

EGOENCIA (1988)

El camino hacia la egoencia es claro y simple para quienes buscan la liberación interior. Pero recorrerlo exige esfuerzo y perseverancia, ya que implica trascender las propias limitaciones.

Estas limitaciones se refieren a la forma de entendernos a nosotros mismos, a cómo entendemos nuestra relación con los demás y con la realidad toda, y al sentido que damos a nuestra vida.

Es ilusorio que pensemos en liberación interior si al mismo tiempo no trabajamos sobre limitaciones tales como la susceptibilidad, las justificaciones, las racionalizaciones y la infinidad de excusas que tejen la trama con que sostenemos nuestra personalidad.

No dejamos de ser susceptibles o irresponsables simplemente porque pensemos que ser así es negativo, sino porque realizamos un esfuerzo efectivo para entendernos y generar pensamientos, sentimientos y acciones que trasciendan los límites impuestos por esas limitaciones.

Es indispensable, entonces, como primer paso hacia la egoencia, conocer nuestras limitaciones, mirarlas objetivamente y trascenderlas a través del control de las reacciones inconscientes y automáticas a las que llamamos nuestra manera de ser. Cuando logramos ser observadores serenos de nuestros hábitos de sentir, de pensar y de actuar, comienza a revelarse nuestra verdadera identidad.

Sin embargo, muchas veces nos detenemos en este punto. Al mirar sólo a nosotros mismos sin involucrarnos en nuestra realidad como partes inseparables de un todo mayor, quedamos atrapados en una concepción particular de nosotros

mismos, del mundo y de la vida. Nos afanamos por alcanzar una felicidad personal y nos estrellamos contra el límite que queremos trascender: nuestro propio egoísmo. Es un contradictorio que pretendamos un gozo personal, una porción de paz y felicidad, sustrayéndonos del mundo al cual pertenecemos, que no goza ni de paz ni de felicidad.

El segundo paso hacia la egoencia es reconocernos unidos en forma indisoluble con la humanidad, participando de un único destino y de una misma circunstancia. Para lograrlo, hemos de trabajar en un nivel aún más profundo del de nuestras limitaciones: nuestro egoísmo. Así comprendemos que nuestro aislamiento interior es dañino y que nuestra vida se debe a las almas.

Sin embargo, querer vivir unido a la humanidad es, en esta etapa, como caer en el vacío; nada nos es familiar ni tampoco podemos reconocernos; hasta podemos imaginar que lo que buscamos es una quimera, porque lo que encontramos no corresponde con lo que esperábamos. Cuando vivíamos mirándonos a nosotros mismos nos sentíamos el centro del mundo. Ahora, en vez de resaltar aún más gracias a nuestros esfuerzos, notamos que perdemos protagonismo. Antes creíamos que la unión con la humanidad sería un éxtasis, ahora, en cambio, nos encontramos con el dolor, la pena, la ignorancia y más trabajo por delante.

El tercer paso hacia la egoencia se expresa cuando descubrimos que trabajar en nuestro desenvolvimiento y para el bien de los demás es fuente de alegría, que el llanto y la pena se alivian con amor compasivo, que dar y darse es la llave de la felicidad.

Al trascender nuestras limitaciones particulares encontramos el mundo maravilloso de la participación, lograda por la ofrenda. En él ya no somos como creíamos ser, separados e independientes; somos una individualidad unida a todas las

almas por un lazo de participación espiritual. Somos, verdaderamente, un alma entre las almas.

En la vida cotidiana, la egoencia se expresa en la capacidad de realizar por nosotros mismos y en nosotros mismos lo que queremos para bien de la humanidad.

AMOR COMPASIVO (1989)

En la actualidad tenemos posibilidades notables, pero al mismo tiempo pesa sobre nosotros un inmenso sufrimiento. Es necesario que superemos, con hechos concretos, nuestra indiferencia e insensibilidad respecto de ese sufrimiento para que la experiencia humana produzca el desarrollo espiritual tan necesario en la actualidad.

El desarrollo material, si no va acompañado de compasión, sirve más para separar a los seres humanos entre ricos y pobres, entre poderosos y oprimidos, que para promover el bienestar general.

Por más brillante que sea una teoría, sus resultados no son buenos si se aplica sin compasión. Hay sistemas sociales y económicos que presumen ser excelentes y que, sin embargo, acaban destruyendo los valores que pretenden implementar.

Simpatizar con teorías sociales más amplias, aun con ideas espirituales, y quedarse sólo en eso, invita a refugiarse en una celda mental que en apariencia es trascendente, pero que en realidad aumenta la indiferencia.

Por ello, tanto las teorías como el desarrollo material tienen que sustentarse en un creciente amor compasivo. Éste implica el desenvolvimiento espiritual del ser humano, el desarrollo de su sensibilidad y de su responsabilidad.

Compadecer es sentir el dolor de los demás y responder de una manera efectiva, creando los medios apropiados para que cada uno pueda superar sus problemas y satisfacer sus necesidades.

No tenemos que ir lejos para descubrir el sufrimiento. Nos basta mirar alrededor, comenzando por las personas que conviven con nosotros.

Es bueno querer ayudar al prójimo, pero esa ayuda no es tal, no llega al que la necesita, si se transforma al prójimo en un ente ideal, sin rostro, sin identidad; si no percibimos los problemas que generamos en nuestro propio medio y no trabajamos para evitar los sufrimientos que producimos y que no siempre queremos reconocer. Muchas veces soñamos con alcanzar la felicidad perpetua y con liberar al mundo del dolor, mientras no reparamos en el sufrimiento que nosotros mismos ocasionamos incluso a quienes creemos amar.

La indiferencia y la insensibilidad se desarrollan inconscientemente, como una coraza para no ser herido por el dolor colectivo, para encerrarse en la vida y en los objetivos propios, y no sentir el dolor de los demás, el impacto de una realidad que no responde a la imagen que queremos mantener de nosotros mismos y del mundo.

Se llega al maravilloso mundo que presentimos en la oración y en los estados de expansión interior atravesando el mundo de dolor que alcanzamos con las manos. Es precisamente este mundo, formado por las personas con quienes vivimos y trabajamos, por aquellos seres anónimos con quienes nos cruzamos todos los días, el mundo que hay que dejar que penetre en nosotros, que golpee nuestra indiferencia, hasta que nos haga vibrar con un amor compasivo.

Es ese amor sin reservas, sin prejuicios, que no distingue entre amigos y enemigos, el que alivia el dolor existente y produce el desenvolvimiento, tanto en quienes lo experimentan como en quienes lo reciben. Ese amor genera siempre la actitud apropiada, la cual nos permite percibir cada necesidad y responder a ella.

Cuando trascendemos la indiferencia abandonamos las ideas hechas sobre lo que hay que hacer y, especialmente, sobre lo que pensamos que otros tienen que hacer para alcanzar un mundo mejor.

Es así como descubrimos lo que cada uno de nosotros necesita y puede hacer para desenvolverse. Y eso es lo que tenemos que hacer y ayudar a hacer.

RESPONSABILIDAD (1990)

Adelantamos espiritualmente en la medida en que nos hacemos responsables de nuestras decisiones.

Las oraciones, las buenas obras, los ejercicios espirituales son medios que estimulan nuestro adelanto; pero para consolidar ese desenvolvimiento hemos de hacernos totalmente responsable de nuestra vida y del destino que trazamos con nuestras elecciones. Recién entonces podemos decir con propiedad que ejercemos nuestro libre albedrío.

El hecho de tener libre albedrío no implica que lo ejerzamos. Hacer en cualquier momento lo que se nos antoje puede darnos una ilusión de libertad, pero en realidad somos esclavos de impulsos inconscientes, de hábitos aprendidos y de deseos que no podemos controlar. Adquirimos libertad en la medida en que tenemos capacidad para discernir nuestras opciones, elegir conscientemente una vía de acción de acuerdo con nuestra conciencia y las responsabilidades que hemos asumido, y aceptar las consecuencias de nuestras decisiones, tanto las favorables como las que implican dificultades y sufrimiento. Es decir, nos hacemos libres en la medida en que ejercemos con propiedad nuestro libre albedrío.

La libertad presupone la responsabilidad por lo que producimos al ejercerla. Tenemos libertad para hacer lo que decidamos en cada momento, pero el hecho de que toda acción produce efectos en quien la efectúa, en otros y en el medio, nos obliga a hacernos cargo de las consecuencias de nuestro proceder.

Cuando elegimos no nos limitamos a escoger una acción determinada, sino también elegimos todo lo que esa acción desencadena. Por eso somos responsables de nosotros mismos y de lo que producimos en el mundo con nuestros aciertos y

errores. Si bien podemos ignorar o rechazar esa responsabilidad, no la podemos eludir.

Trazamos nuestro destino y señalamos el punto al que llegamos con nuestra vida. Por más sabia que sea la orientación que recibamos, no supe nuestra responsabilidad de discernir, elegir y experimentar por nosotros mismos. Cuando no reconocemos esta responsabilidad imaginamos que hacemos todo de nuestra parte para ser feliz y ayudar al mundo, y que si no podemos mejorar nuestra situación o adelantar en nuestro desenvolvimiento es porque los demás no realizan la parte que les corresponde; entonces culpamos a otros, a la sociedad o a la vida por las penas que sufrimos y los objetivos que no podemos alcanzar. Lo cierto es que la reacción agresiva, la animosidad, el resentimiento y las quejas por la suerte que "nos toca" son síntomas de la falta de aceptación de nuestra propia responsabilidad.

Cada uno está sujeto a influencias tanto favorables como perjudiciales en mayor o menor grado, pero estas influencias no son, en última instancia, las que determinan nuestro destino. Aunque no hayamos elegido conscientemente la situación general que nos toca vivir, siempre somos responsables de nuestra manera de reaccionar ante esa situación y de nuestras decisiones ante los desafíos que nos acucian.

En ciertos casos no podemos cambiar las condiciones en que vivimos. Aun así, somos responsables de la calidad de nuestra vida dentro de esas condiciones y, especialmente, de la calidad de nuestra vida interior. Nuestro mundo interior depende en gran medida de nuestra actitud y de lo que decidimos sentir y pensar. Es precisamente esa actitud la que determina la cascada de consecuencias que luego constituye la línea de nuestro destino. Por supuesto que no siempre logramos la actitud acertada ni sentir o pensar de una cierta manera con sólo proponérselo; necesitamos un esfuerzo metódico y siste-

mático para lograrlo. Es a través de este esfuerzo como podemos trazar nuestro destino.

Aunque nuestro margen de elección sea muy limitado, aunque nuestras respuestas en gran parte estén condicionadas por experiencias previas que estuvieron fuera de nuestro control, siempre podemos elegir el grado de responsabilidad que asumimos por nuestra vida, por quienes nos rodean y por la sociedad en su conjunto. Podemos determinar cómo queremos vivir, y en función de qué.

Aunque no nos sintamos responsables de un mundo cuya situación no hemos creado directamente, a través de nuestras decisiones somos un eslabón inseparable en la cadena de generaciones que produjo la sociedad tal como es hoy y como será en el futuro. No siempre entendemos esta responsabilidad social; al contrario, lo corriente es que nos sintamos presos en un mundo que no hemos elegido, sufriendo males que no hemos producido. Sin embargo no es así. La circunstancia que vivimos es el resultado de la suma de las conductas de todos los seres humanos. Cada uno crea, junto con todos los demás, la situación actual y el destino de la humanidad. Cada uno de nosotros es, entonces, no sólo responsable de sí mismo sino de la humanidad en su conjunto.

Quien anhela su desenvolvimiento ha de hacer de cuenta que no sólo su destino sino el de la humanidad toda depende de su actitud y sus decisiones. Cuando reconocemos esta responsabilidad total y, en vez de aceptarla pasivamente la asumimos con decisión, somos parte activa del destino humano. Esta actitud produce un cambio profundo en nuestra vida espiritual y alienta nuestro desenvolvimiento.

El hecho de que asumamos plenamente nuestra responsabilidad hace de cada una de nuestras experiencias un escalón que nos conduce hacia una visión cada vez más amplia de nosotros mismos y de la existencia. En vez de circunscribirnos

en un mismo nivel de posibilidades, en el cual lo único que podemos hacer es repetir indefinidamente los mismos hechos con las mismas consecuencias, pasamos a una etapa en la que cada experiencia nos brinda un nuevo caudal de posibilidades.

Lo cierto es que uno es libre para elegir cómo vivir dentro de su circunstancia, para gozar o sufrir según escoja fijarse en los aspectos placenteros o en los dolorosos de la vida. Podemos decidir qué sentir, qué pensar, cuánto expandirnos, qué grado de libertad interior alcanzar. Podemos elegir quedar enredados en sentimientos agresivos y egoístas o volar con sentimientos expansivos y generosos. Esta posibilidad de elegir lo mejor dentro de la circunstancia es lo que nos permite trascender esa circunstancia.

Una pequeña alteración en el rumbo de una nave decide otro punto de destino. De la misma manera, un cambio de actitud define los resultados de una experiencia y, al final, el resultado de una vida. Si a la actitud de compromiso se añade buen discernimiento en la elección de opciones, la vida toda se transforma en fuente de enseñanza, plenitud y armonía.

Esos cambios de actitud y conducta que parecen insignificantes si se consideran aislados, con el tiempo producen saltos cualitativos en nuestra vida interior y en el estado de la sociedad humana.

Incluso la muerte, un paso que parece no dejar ninguna alternativa, contiene posibilidades que dependen de la actitud con que la contemplamos.

LA MÍSTICA DEL CORAZÓN (1991)

La Mística del Corazón se realiza a través de la prescindencia de apoyos, para evidenciar la personalidad que hemos adquirido; a través de la humildad, para aceptar la vida y comprender que su ley es la renuncia; a través de la inmovilidad interior, para revelar nuestra verdadera identidad; y a través de la participación y la reversibilidad, para desarrollar la capacidad de unirnos a todos los seres de una manera real y efectiva y realizar nuestro destino de Unión Substancial con la Divina Madre.

La personalidad adquirida es un sistema de condicionamientos automáticos e inconscientes con el cual nos identificamos al punto de considerarlos nuestra identidad. Este sistema se forma y se sostiene a través de hábitos, impulsos y deseos que llevan hacia el afán de poder, la adquisición de bienes, la necesidad de éxito y de aprobación social. Todos estos apoyos que la personalidad corriente tanto ansía conquistar son efímeros, y nosotros lo sabemos. Por ello, cuanto más nos expresamos a través de la personalidad que hemos adquirido, más ésta crece por el temor a perder los apoyos que la sostienen. En este estado, nunca encontramos apoyos suficientes que nos den la seguridad que tanto anhelamos.

Para poner de manifiesto esta situación y para que podamos quebrar esa personalidad, necesitamos aprender a prescindir de esos apoyos, abrirnos al vacío de dejar la ilusoria seguridad de lo conocido sin saber todavía a dónde vamos a llegar.

No podemos encontrar seguridad si antes no nos desapegamos de nuestros apoyos ilusorios; es decir, de nuestra ilusión de sentirnos seguros con ellos.

Una actitud humilde nos puede ayudar mucho en esta labor de desapego ya que, para dejar los apoyos, tenemos que

aceptar nuestra ignorancia, nuestro desconocimiento de nosotros mismos; tenemos que desapegarnos de nuestras posesiones, tanto materiales como espirituales, pues son las que sostienen nuestra personalidad.

La vida tiene su ley y no podemos cambiarla; para llenarnos de lo divino tenemos que vaciarnos de las ilusiones, de lo que creemos ser y poseer. Cuando el cántaro está lleno es necesario vaciarlo para cambiar su contenido.

El desapego y la humildad nos conducen hacia la quietud interior.

Cuando nos liberamos de las expectativas, de los deseos, del afán de posesión, naturalmente se aquietan nuestros movimientos interiores.

No esperamos nada porque no nos falta nada.

No deseamos nada porque nuestra conciencia se fija en la Divina Madre.

No buscamos competir por bienes materiales o espirituales, porque nuestro único bien, nuestra única seguridad está en la Divina Madre.

Es esta quietud, en este silencio interior, podemos descubrir a las otras almas, sus necesidades, sus alegrías y sus sufrimientos. En este silencio participamos del mundo de todas las almas, siendo un alma entre las almas.

Esta participación es efectiva tanto en sus aspectos interiores como en los exteriores.

La participación interior nos lleva a incluirnos en el todo, a saber que nada nos es ajeno ni está separado de nosotros. Tanto el tiempo como el espacio adquieren un nuevo significado, ya que todo está en nosotros, aquí y ahora.

La participación exterior es el fruto de la participación interior. Lo que hacemos, sentimos y pensamos responde a las necesi-

dades de las almas. Respondemos al aprender a usar sabiamente nuestros recursos; al capacitarnos y hacer lo que el medio en el cual vivimos necesita que sepamos y hagamos, dejando de lado nuestras preferencias; asistiendo a los que nos rodean; aprendiendo a escuchar y, por sobre todo, al desenvolvernos y realizar en nuestra vida el bien que deseamos para la humanidad.

Cuando participamos nos integramos armónicamente al grupo humano en todas las áreas de actividad. Comprendemos las diferencias, colaboramos, asistimos y asumimos responsabilidad. La necesidad de otra alma es nuestra necesidad, la alegría de todas las almas es nuestra alegría.

Al participar, nos reconocemos como parte integral de la humanidad y respondemos en consecuencia con silencio, con humildad, con trabajo efectivo, con amor desinteresado, con conocimiento y discernimiento. Nuestra conciencia de ser se proyecta como un amor que alivia, ampara e ilumina.

El conocimiento espontáneo de las necesidades propias y ajenas transforma la conciencia de ser en una voluntad poderosa y eficiente que se aplica a un trabajo preciso y acabado para bien de todos. Esta conciencia de ser, activa y participante, expresa la reversibilidad de la renuncia. Tenemos la capacidad de transmutar la fuerza de nuestra conciencia de ser en una voluntad que se concreta en acciones específicas, adecuadas a la obra y a las circunstancias. A su vez, esas acciones nos dan una visión de conjunto que estimula la expansión de nuestra conciencia.

Reversibilidad es aceptarlo todo y, al mismo tiempo, poner límites a lo que nos permitimos hacer, pensar y sentir; es sufrir las vicisitudes de la vida manteniendo paz y armonía interiores; es acompañar a todos sin tomar partido; es saber confiarse en una opinión cuando es necesario; es incluso comprender cuándo acciones buenas pueden transformarse en

contraproducentes y aceptar el cambio de rumbo que exige esta comprensión.

Reversibilidad es comprender todos los puntos de vista y, al mismo tiempo, optar por el más adecuado en cada momento para nuestro desenvolvimiento y el de la obra a realizar. Es fijarnos en una idea como punto de referencia, pero sin dogmatizarnos en ella; es no limitar la realidad a lo que podemos percibir o comprender; es saber que la percepción que tenemos no es completa, que más allá del horizonte siempre existe una posibilidad desconocida.

La actitud de reversibilidad determina la amplitud del campo que cubre la conciencia y muestra que los aspectos diversos y aparentemente contradictorios de la realidad son complementarios.

La actitud de reversibilidad es el marco de referencia de nuestra renuncia: el desapego se transforma en liberación; el dolor, en sabiduría; la inmovilidad interior, en conciencia expansiva; el trabajo, en participación.

La Mística del Corazón comienza con la renuncia a nuestra personalidad adquirida, se sostiene sobre nuestra humildad, toma vuelo con nuestra participación en la vida de todas las almas, pero se hace nuestra vida misma a través de la reversibilidad. Entonces ya no corremos peligro de volver hacia atrás, de caer otra vez en los juegos ilusorios de la personalidad que hemos adquirido. Comprendemos que la renuncia es la ley de la vida, que no tener nada —superar el afán de poseer— es riqueza, que no ganar nada —superar el actuar en forma interesada, la ambición y el afán de imponernos— es serenidad, que no ser nada —superar el afán de aparecer— es alcanzar nuestra identidad, ser en la Divina Madre a través de todas las almas.

OBRA ESPIRITUAL (1992)

Es necesario comprender la manera en que realizamos la obra de asistencia a la humanidad.

La obra de asistencia a la humanidad es interior y exterior.

Realizamos la obra interior en forma anónima, conocida sólo por la Divina Madre. Esa obra se nutre de la renuncia, el sacrificio y la ofrenda. Los efectos de esa obra no se pueden medir. Su alcance se determina por nuestra renuncia; cuando ésta es completa, nuestro amor cubre a todas las almas, al mundo, y se expande hasta el infinito.

La obra interior se irradia, como lo hace el sol. La manera de perfeccionar la obra interior es renunciando a nosotros mismos en forma cada vez más perfecta.

La obra exterior tiene otras características.

Nuestra obra exterior específica es la consecuencia de nuestro trabajo continuo y desinteresado en nuestro desenvolvimiento espiritual. Ese trabajo tiene un efecto benéfico, directo e inmediato no sólo en nosotros mismos, sino también en quienes nos rodean y en la sociedad en su conjunto.

Nuestro trabajo espiritual actúa sobre nosotros de manera continua y profunda. El hábito de sentir y pensar bien produce un ambiente de amor y paz que nos da serenidad y equilibrio ante las contingencias de la vida. Particularmente, la fidelidad y perseverancia generan en nosotros reacciones positivas, en cadena, que alcanzan a todas las almas y las mueve a desenvolverse bien, a realizar sus mejores posibilidades. Por otra parte, los buenos sentimientos y pensamientos, cuando los sostenemos, multiplican su fuerza y expanden la manera en que nos comprendemos a nosotros mismos y participamos de la vida.

Los sentimientos y los pensamientos, una vez lanzados, no se detienen. Y el ejemplo de una vida consagrada a la realización del más alto ideal cunde sobre el mundo en forma silenciosa, pero cierta.

Todos los seres humanos irradian energía con sus sentimientos y pensamientos. El efecto y la influencia de esa irradiación dependen de la calidad y la fuerza de esos sentimientos y pensamientos, y de la intención que los anima. Si los sentimientos y pensamientos son nobles, generan acciones nobles; si son dañinos, generan males.

El odio, la codicia, la envidia, los celos, la ira, el egoísmo, el impulso sexual descontrolado, dan gran poder a los sentimientos y pensamientos; cuando son muchas las personas animadas por la pasión, se desarrolla una fuerza negativa con un poder enorme que produce gran daño en las almas y en el mundo.

Por esta razón, tenemos la responsabilidad de generar con nuestro amor y pensamientos nobles una fuerza que no sólo contrarreste la fuerza mental negativa que existe en el mundo, sino que la supere y dé origen a un mundo mejor. Esto no es difícil; no necesitamos contar con dotes especiales ni preparación especial para efectuarlo. Sólo hace falta tener una intención recta, mantener la atención y perseverar en algo tan hermoso como sentir bien, pensar bien y actuar bien.

No cesemos, entonces, de trabajar sobre nuestra mente y nuestro corazón. No nos limitemos a rechazar los pensamientos y sentimientos egoístas y pasionales; si bien es cierto que ese control es necesario, no es suficiente ni para desenvolvernos nosotros ni para ayudar en forma efectiva a la humanidad. Para ello es necesario transformar la calidad de los sentimientos y pensamientos.

Esto no significa que pretendamos ser un modelo para los demás. Simplemente, nos comportamos de acuerdo con nuestros principios, y nos esforzamos para que éstos sean los más puros posibles.

Para nosotros, sentir y pensar bien va más allá de tener una buena actitud y desear el bien de los demás. Es también desarrollar una fuerza interior suficiente para ser dueño de nosotros mismos y poner límites voluntarios al impulso de gozar de una libertad indiscriminada.

Por eso nos esforzamos para tener un patrón de conducta: definir qué nos permitimos sentir, pensar y hacer, y marcamos a fuego la línea que no hemos de pasar. Cumplimos la palabra dada; somos fieles a los compromisos contraídos.

Tener una línea de conducta implica, además de guiarnos por principios nobles, canalizar los buenos sentimientos en acciones claras, necesarias y fructíferas. Hacer bien algo no es suficiente; es necesario aplicar la energía y la capacidad en todo lo que hay que hacer, que es mucho.

Si no nos exigiéramos concretar en acciones, en forma inmediata, nuestros buenos sentimientos y pensamientos, correríamos el riesgo de sumirnos en un estado subjetivo complaciente, pero ineficaz y dañino, en cuanto desfigura nuestra percepción de la realidad y nos inhibe de actuar cuando y como deberíamos hacerlo.

Efectuamos obra exterior transmutando en acciones claras nuestro buen sentir y pensar.

Sentir y pensar bien nos mueve a hacer *todo* lo que hay que hacer, y a hacerlo *muy* bien.

Al sentir, pensar y actuar bien despertamos la vocación espiritual en las almas y las estimulamos a comprometer sus vidas en realizarla.

Cuando trabajamos, nos empeñamos en hacerlo bien.

Cuando formamos una familia, nos esforzamos para integrarla bien.

Cuando sufrimos, usamos nuestro dolor para aprender y participar.

Cuando cometemos un error, lo aprovechamos para aprender y no repetirlo.

Cuando avanzamos en años, envejecemos bien: cedemos a tiempo lugar a los más jóvenes, no interferimos en la vida de otros, interiormente no necesitamos apoyo de los demás; al contrario, hemos de estimularlos con nuestro valor, fe y buen ánimo. Aceptamos nuestra situación con alegría y entereza y aprendemos las enseñanzas que nos va brindando la vida.

Acabamos bien nuestra vida. No dejamos cabos sueltos. Sal damos las deudas kármicas pasadas y no contraemos nuevas, porque terminamos bien todo lo que hemos comenzado. Resolvemos los conflictos que dependen de nosotros; los demás, los transcendemos; las responsabilidades, las cumplimos. Como usamos nuestros errores para rectificar nuestro rumbo, los transformamos en realizaciones. Como olvidamos con amor las heridas recibidas, no tenemos cicatrices en el alma. No guardamos resentimiento, rencor ni remordimiento. De esta manera nos mantenemos en paz con nosotros mismos, con los demás y con la vida.

Para terminar bien nuestra vida tenemos que realizar nuestra vocación acabadamente, sin titubeos, hasta el final. Nuestra renuncia ha de ser sin condiciones; nuestra ofrenda, sin titubeos; nuestro lazo de amor con la Divina Madre, para la eternidad.

Cuando realizamos bien nuestro trabajo interior podemos responder claramente a la pregunta que todo ser humano se debería hacer, en relación con su obra en el mundo: "¿Qué sé

hacer y hago *muy bien?*”, ya que quien anhela efectuar una obra para los demás, si hace algo, debe hacerlo muy bien; si no, ha de capacitarse para ello.

Lo mejor que podemos hacer, en relación con el mundo, es desenvolvernos integralmente. En una palabra, saber vivir como un ser humano completo. Cuando se sabe vivir, todo se resuelve.

Las obras de asistencia son buenas y necesarias: hay que colaborar con ellas. Pero nuestra misión no termina allí; va más allá de las buenas acciones. Realizamos una obra que opera en el interior de los seres humanos. Nuestros pensamientos y sentimientos nobles generan buenos pensamientos y sentimientos en quienes nos rodean y en todas las almas; nuestra conducta se propaga por el mundo como una señal de confianza en la integridad del ser humano. Nuestra ofrenda, nuestro amor y el ejemplo de vida que podemos dar son como una onda bendita que impregna la mente y el corazón de todas las almas.

En un momento como el actual, en el que reina el desconcierto, en el que los ídolos son de barro, en que los valores están ausentes y no se ven ideales orientadores, nuestro trabajo sobre nosotros mismos y la coherencia de nuestra vida con nuestro ideal espiritual, son apoyo y guía para innumerables almas que no conocemos, pero que asistimos y orientamos a través de lo que damos y hacemos directamente y, especialmente, a través de lo que somos como seres humanos.

Ésa es nuestra obra exterior, una obra que no depende de factores exteriores ni conoce obstáculos infranqueables. Es la obra que siempre, en cualquier circunstancia, hace bien a nuestra alma y al mundo todo.

COMPROMISO (1993)

El ser humano, lo sepa o no, lo acepte o no, está comprometido con su destino.

En la medida en que hagamos consciente nuestro compromiso se nos revelará nuestra vocación y surgirá nuestra individualidad. Otros intentos, como el de crear una personalidad que desafía la vida, se estrellan contra la realidad, aumentando la confusión y el dolor.

No podemos cambiar nuestro destino final. Nuestra libertad consiste en cómo decidimos realizarlo, y con qué premura.

Asimismo, no podemos crear nuestra individualidad de la nada ni sobre bases arbitrarias. Sólo podemos construirla paso a paso sobre la base de un compromiso total; cada uno con sí mismo, con la vida y el mundo.

El término 'sí mismo' nada tiene que ver con la noción variable de quién uno es, esa idea confusa del yo sujeta a ideas hechas, impulsos y estados de ánimo, sino que expresa la unión del sentido de individualidad con la certeza del propio destino.

Nuestra conciencia está animada por una fuerza irresistible que nos impulsa hacia un objetivo ignorado pero cierto. Ella nos mueve a investigar, descubrir, aprender, adelantar en todos los sentidos. Esa fuerza se potencializa por la necesidad de completar nuestra conciencia, de saber quiénes somos, de dónde venimos, hacia dónde nos dirigimos.

Sin embargo, a pesar de que esa necesidad está presente en todos nosotros y de que en la vida corriente son válidos todos los interrogantes, mantenemos un acuerdo tácito en no enunciar las preguntas fundamentales, sin las cuales todas las de-

más conducen a respuestas incompletas o a caminos sin salida.

Ese acuerdo se basa en una resignada impotencia frente a las cuestiones básicas. La manera más directa y fácil de cubrir esa ignorancia es aferrarnos a descripciones de una realidad intangible, que no pueden sostenerse en la práctica.

Mientras tanto mantenemos el supuesto de que, cuando en el futuro conozcamos más de la realidad, se develará el sentido de la vida y del mundo. Pero ese consuelo no es real pues ese futuro es un horizonte que se desplaza hacia adelante tanto como avanzamos hacia él.

La conciencia que tenemos de nosotros mismos, por no ser completa, nos mueve en forma arrolladora hacia el logro de su plenitud. La necesidad de alcanzar una conciencia plena es anterior a toda otra necesidad humana. La esperanza de lograrla eventualmente justifica el dolor del esfuerzo por sobrevivir sin saber conscientemente por qué ni para qué.

La necesidad de completar la propia conciencia se expresa, en un momento dado, en lo que habitualmente llamamos vocación espiritual. El despertar de esa vocación implica el compromiso interior de realizarla. Tener conciencia de la vocación es lo mismo que reconocer ese compromiso.

Aun sin ser conscientes de nuestra vocación espiritual, todos estamos comprometidos a realizar nuestro destino, a alcanzar una individualidad plena y a participar de la conciencia cósmica.

Todos nuestros esfuerzos, incluso los que parecen arbitrarios y desconectados, apuntan a la realización de ese fin. Sin embargo, tenemos que tener presente que nuestros esfuerzos hacia conquistas exteriores no son suficientes para responder a las preguntas fundamentales de la vida. Cada uno de nosotros tiene que abrir camino en sí mismo y expandir su con-

ciencia a través de un trabajo metódico y perseverante. En otras palabras, tiene que cumplir su compromiso fundamental, su posibilidad real: aceptar el desafío de *su* vida y *su* identidad desconocidas, y comprometerse a enfrentarlo.

Aceptar el desafío de ser humano es hacer consciente la vocación de realizar el propio destino y, también, hacer consciente el compromiso total que ella implica. Esa conciencia se traduce en el compromiso formal de un voto.

El voto explícito expresa ante testigos el voto que hacemos ante nosotros mismos, respecto del sentido que daremos a nuestra vida y de la finalidad última de nuestros esfuerzos, decisiones y elecciones. Cuando este compromiso fundamental es claro y firme, todo lo que hacemos y experimentamos adquiere sentido. Aún más, el orden de las prioridades también se mantiene claro y lo vamos adecuando cada vez más perfectamente a nuestra vocación. Mantenernos conscientes de las prioridades que se desprenden de nuestro compromiso diluye todo conflicto en la manera de usar el tiempo, la energía y la capacidad que disponemos.

Cuando comprendemos nuestro compromiso con la vida y con nuestra vocación entramos en una nueva etapa de nuestro desenvolvimiento. A partir de allí no caemos más en la confusión de buscar en otros y fuera de nosotros la solución de nuestra vida. Asumimos toda la responsabilidad de nuestro desenvolvimiento y desechamos todo apoyo fuera de nuestra vocación fundamental.

El comprometernos con nuestro destino lo experimentamos como un 'casarnos con la vida' —otra manera de entender la unión con la Divina Madre—. El primer efecto de ese compromiso es terminar con la distinción entre lo agradable y lo desagradable, entre lo que nos gusta hacer y las actividades que rechazamos.

Cuando estamos presos en la idea de lo que nos gusta o queremos hacer, rara vez encontramos satisfacciones en la vida. Aunque logremos dedicarnos a lo que hemos elegido, la rutina del trabajo de hacerlo y los inconvenientes naturales de la acción y de las relaciones interpersonales quitan rápidamente el atractivo que nos cautivó en un principio. Todo trabajo, en definitiva, implica una rutina. Por otra parte, comprometernos sólo con lo que nos gusta nos deja huérfanos y desprotegidos respecto del resto de la realidad que no queremos ver o rechazamos como si no nos perteneciera.

Nuestro compromiso con la vida y el mundo nos da la capacidad de amar y dedicarnos con total interés a efectuar lo que tengamos que efectuar, cualquier cosa que sea. Cuando respondemos cabalmente a ese compromiso nuestra vida cambia por completo. Esto se evidencia en nuestro cambio de actitud ante lo que tenemos que hacer. En vez de andar buscando qué actividad nos daría más placer, amamos de corazón lo que la acción necesaria nos lleva a hacer. Esa actitud nos brinda una plenitud permanente y, además, nos impulsa a hacer muy bien hasta las tareas más insignificantes, de manera que ya nada es insignificante para nosotros. No hacemos más distinción entre actividades importantes y otras que no lo son. El amor, la dedicación y la responsabilidad con que cumplimos todas las tareas transforman los actos más rutinarios —habitualmente subvalorados en la sociedad— en oportunidades para servir a otros y enriquecernos. Abrazamos entonces, sin reservas, todo lo que tenemos que hacer, cuando lo tenemos que hacer. Ese amor hace productivo y bello nuestro trabajo. Cada cosa que realizamos se engarza en la vida como una perla que le da armonía y resplandor.

El grado de compromiso que tenemos con nuestra vocación de desenvolvimiento es la base de la cual depende la calidad de todos nuestros otros compromisos.

Mientras esa base no sea clara, nuestros compromisos tendrán una fuerza relativa a nuestra ética solamente, y no a nuestra vocación de desenvolvimiento. Y la fuerza de los principios éticos conduce hasta un cierto punto, nada más.

Podemos mostrarnos firmes en la ética que tenemos y, sin embargo, no adelantar en nuestro desenvolvimiento. A su vez, en un estado de relativo desarrollo podemos hasta perder de vista nuestros principios éticos.

Una sociedad dogmática, por ejemplo, suele tener un código ético estricto con un alto grado de observancia. Sin embargo, esto no implica que esa sociedad tenga una visión universal de la realidad.

Por otro lado, puede haber quien teóricamente tenga una visión más universal y, sin embargo, desconozca principios básicos como veracidad, probidad y cumplimiento de la palabra dada.

Una persona podría mantener una gran observancia ética, pero basada en principios rígidos y con una visión muy limitada del mundo y de la vida. Otra podría tener mayor amplitud de miras pero, en vez de usar su comprensión para profundizar su ética, podría diluirla en un relativismo permisivo.

La ética individual se desenvuelve en la medida en que se aclara el sentido del compromiso que tenemos con nosotros mismos, con el mundo y la vida.

Cuanto más se resquebraja la trama social, cuanto más laxos son los límites de lo permisible, tanto más importante es que surja en cada uno la conciencia de su individualidad y su destino final.

La identidad individual no consiste en afirmar que uno es esto o lo otro, ni en poder hacer esto o lo otro. La identidad individual aparece sin nombre ni forma. Comienza a expresarse en la conciencia de la propia integridad, en solidez y fortaleza in-

terior, en la seguridad de que entre las infinitas posibilidades que se abren en cada instante, uno tiene discernimiento para elegir la que conduce directamente a la realización de su destino. Especialmente, la individualidad se va delineando por la capacidad de discernir entre todas las opciones la que implica desenvolvimiento real y por la capacidad de ejecutarla siempre.

Cada vez que tomamos una decisión, que iniciamos una acción, asumimos un compromiso con nosotros mismos. Aunque nuestra decisión sea satisfacer un deseo momentáneo, implica el compromiso de llevar a cabo un propósito y de asumir las consecuencias implícitas en ello, las discernamos o no.

Aun las decisiones y compromisos que tomamos con nosotros mismos repercuten en los demás y en el mundo. Lo que decidimos hacer y no hacer respecto de nosotros mismos afecta la línea de nuestra vida, y esta línea influye en el proceso del desenvolvimiento humano.

Todo lo que hacemos, aun lo que parece mínimo, insustancial, pasajero, va enlazando nuestra vida con la de otros, formando una trama de la cual ni nosotros ni nadie puede salir. Al mismo tiempo, dentro de la gran trama de la vida cada uno teje su hilo y, dentro del gran trazo del destino humano, marca la línea que le es propia.

El ser humano, a diferencia de la hoja que cae al río y está sujeta a las eventualidades de la corriente, va decidiendo cómo se encauza en ella, si en el flujo que mueve hacia el horizonte o en los rizos que terminan en la resaca.

La forma en que respondemos a cualquiera de nuestros compromisos no difiere en esencia de cómo respondemos a nuestro compromiso fundamental. Si nuestra postura en la vida es egoísta, dejamos de lado el fin último de nuestra vida y nos ocupa sólo de lo que nos pueda reportar satisfacción inmedia-

ta. De la misma manera cumplimos nuestros compromisos laborales, sociales y personales. Si, en cambio, respondemos a nuestro compromiso fundamental, el resultado de cada una de nuestras actividades se expande como una onda de bien que nos ayuda en nuestra función y beneficia a todos los seres humanos.

Igualmente, no podemos ser más responsables en nuestra respuesta a nuestro compromiso fundamental de lo que lo somos ante los compromisos corrientes. Es muy improbable que quien no sea responsable en las actividades cotidianas lo sea en lo fundamental. Porque en la vida no hay ni cotidiano ni trascendente. Cada aspecto es único y de allí deriva su trascendencia.

En la medida en que la razón para cumplir compromisos sea la de que son importantes o la de evitar sanciones, está ausente el sentido de lo que implica un compromiso.

No cumplimos compromisos sólo ante otros, sino fundamentalmente ante nosotros mismos. La responsabilidad exterior es, por supuesto, encomiable. Si nos comprometemos a algo con alguien, debemos cumplir lo que dijimos. Pero ese cumplimiento sería siempre frágil y sujeto a contingencias si no resultara del compromiso fundamental y firme que asumimos con nosotros mismos, una vez y para siempre, sobre nuestra manera de responder al desafío de la vida.

Por eso, meditamos muy bien antes de tomar una decisión y nos hacemos conscientes de todo lo que ella implica, ya que una vez tomada la vamos a cumplir, independientemente de la evaluación que otros hagan de ese compromiso.

Si decimos a alguien —o nos decimos a nosotros mismos— que vamos a efectuar algo, lo efectuamos. Si comenzamos algo, lo terminamos.

Si somos padre o madre, lo somos acabadamente. Si estudiamos, lo hacemos a conciencia. Lo mismo en todos los roles: funcionario, operario, amigo, compañero, esposo, esposa, ciudadano: ser humano. Porque eso muestra lo que somos, y no nos permitimos menos que eso. Y expresarnos como un ser humano implica mucho más que cumplir roles en forma acabada dentro de un marco personal. La conducta recién es completa cuando se ajusta al ámbito universal, ya que la condición de ser humano cobra sentido cuando su referencia es toda la realidad.

Para que surja la propia individualidad, entonces, es necesario un trabajo perseverante para producir una conducta consistente, coherente con el destino humano.

Además, no hay que confundir el logro de la propia individualidad con la conquista de un objetivo dado ni con una especie de revelación de lo que somos. Al contrario, la individualidad se va construyendo en la medida en que consolidamos nuestra vida de acuerdo con nuestra vocación de desenvolvimiento.

Del sentido de compromiso con el propio destino se desprenden todos los aspectos de la labor espiritual, tales como el desarrollo de la fidelidad, de la responsabilidad, de la participación y, especialmente, de la perseverancia. Es decir, de la coherencia: la capacidad de responder al llamado del propio destino.

Esta respuesta completa y siempre actual se expresa formalmente en un voto ante Dios y la humanidad. El voto formal es el aspecto visible de la conciencia del compromiso que tenemos con nosotros mismos, con la vida y el mundo, por el sólo hecho de ser seres humano.

Nosotros mismos somos testigos de cómo cumplimos nuestro voto. Respondemos ante nosotros mismos con nuestra mane-

ra de vivir y de realizar nuestro destino. Nada escapa a la luz de la propia conciencia. Nadie puede eludir para siempre la realidad; tarde o temprano tiene que enfrentar el compromiso de ser un ser humano

RECONOCER LO OBVIO (1994)

Osemos reconocer lo obvio: nuestra situación como seres humanos y la ley que rige nuestra vida.

Participamos de una realidad cuyas reglas muchas veces nos mueven a la rebeldía y al desatino, pero que no podemos ni alterar ni evitar. Para liberarnos interiormente es imprescindible comprender que esas reglas no son nuestra cárcel; ellas son los medios que nos da la vida para impulsar nuestro desenvolvimiento.

No es cuestión de resignarnos a lo inevitable sino de reconocer nuestra situación y aceptar la ley que la rige.

Nuestra situación está determinada por:

Nuestro desconocimiento acerca de las cuestiones fundamentales: quién soy, de dónde vengo, a dónde voy; qué es la realidad en la que existo.

Nuestra capacidad para discernir ese desconocimiento, para reconocer la ley que nos rige y para elegir nuestra respuesta a la vida.

Reconocer esta situación implica exponernos a lo desconocido, a nuestra insignificancia, a la transitoriedad de lo que poseemos y a la certeza de la muerte. Y a la elección de una respuesta.

Esto es lo obvio.

La falta de coraje para enfrentar la vida tal como se nos presenta hace que nos sobrecoja el temor: elegimos entonces ignorar lo obvio. Esta actitud nos lleva a negar las cuestiones fundamentales y a negar también nuestra capacidad de discernimiento. Es decir, a negar lo que realmente somos y a generar un mundo de ilusión.

El mundo de ilusión se teje con teorías sobre la realidad que no se basan en evidencias, sobre una libertad ficticia que nos hace creer que podemos hacer lo que se nos antoje y sobre objetivos que responden al egoísmo y la codicia.

Por miedo creemos más en nuestras lucubraciones que en lo que es obvio.

Vestimos al miedo con el ornamento de nuestra arrogancia y creamos un mundo que no existe más que en nuestra ignorancia.

Toda esta fabricación es un acuerdo que se sostiene a fuerza de no querer ver y se desmorona apenas lo roza la realidad.

Nos encontramos los unos con los otros por opiniones acerca de lo que no conocemos y por afirmaciones que no podemos evidenciar. Reconocer la condición obvia del ser humano es el único acuerdo que puede ser permanente y, de existir, nos uniría por encima de nuestras diferencias.

La ley que nos rige se muestra en forma obvia y nos protege de la ilusión. El devenir nos va quitando lo que creíamos tener y lo que creíamos saber; va resquebrajando continuamente nuestra identificación con nuestras opiniones y logros. De esta manera nos impulsa sin cesar hacia el meollo de nuestro ser; mantiene vigente nuestro anhelo de alcanzar lo inmutable; sostiene nuestra vocación y nuestra necesidad de plenitud. La vida despeja nuestro camino para que sólo busquemos lo cierto y logremos así nuestro desenvolvimiento.

Reconocer de antemano todo esto, que es obvio, antes de que los límites que nos impone la realidad nos acorralen y nos suman en el dolor y la miseria, es reconocer la renuncia, la ley de la vida. Es hacer valer la capacidad que tenemos para abrir nuestro camino hacia lo eterno, como luz que disipa la oscuridad.

Para reconocer lo obvio necesitamos obedecer la ley de la vida.

No hemos adquirido aún la capacidad de obedecer la ley de la vida en forma espontánea. Estamos sujetos a impulsos, deseos y estados de ánimo que nos confunden, desorientan y aumentan nuestro sufrimiento. De allí el imperativo de ejercitarnos en el dominio de nosotros mismos a través de una obediencia elegida y evaluada conscientemente.

A través de nuestra capacidad para obedecer el mandato de lo obvio reconocemos nuestras posibilidades y, una vez que las identificamos, las realizamos. Así alcanzamos sabiduría y libertad.

Sabiduría, porque reconocer lo obvio y responder en consecuencia implica incluir las cuestiones fundamentales en nuestra conciencia:

Aprender a ver en vez de cubrir la realidad con ilusiones.

Aceptar lo que sabemos que no podemos cambiar, en vez de negarlo.

Venerar el misterio divino en vez de dogmatizar sobre él.

Libertad, porque reconocer lo obvio nos integra a la realidad en la que existimos, el campo que define nuestra libertad real:

Aceptar ser quienes somos, sin subterfugios, sin miedos.

Abrazar a la humanidad a través de nuestra propia humanidad.

Generar amor compasivo a través de la comprensión de nuestra propia humanidad.

Aceptar nuestra vulnerabilidad como condición liberadora.

Es obvio nuestro desconocimiento de las cuestiones fundamentales. Expresamos nuestra reverencia al misterio divino

dejando siempre abierta la puerta a lo desconocido, no pretendiendo definir lo que sabemos que no sabemos.

Y frente a lo que no sabemos renunciamos a fabricar un mundo de ilusiones y usamos nuestra libertad para obedecer a nuestra vocación, que es la forma en la que la ley de la vida se expresa en nuestra conciencia.

Es obvio que la renuncia rige la vida. Responder es abrazar la renuncia y, con esa libertad, trabajar en forma efectiva en nuestro desenvolvimiento individual y en el bien de la humanidad.